

minar la ganancia ó la pérdida con un asociado? ¿Se dilatan hasta entonces los negocios del comercio, la venta ó la compra de una tierra, la discusion de sus derechos sobre una herencia, la instruccion de un proceso? ¿Quién no tiene por la locura mas insigne, y la imbecilidad de entendimiento mas bien marcada, el dejar para la última enfermedad un negocio de alguna consecuencia? Uno de los primeros avisos de un médico, uno de los primeros cuidados de los parientes, de los amigos, y hasta de las personas mas sabias, es que no se hable de ningun negocio á un enfermo, impedir aun que piense en él, porque no está en estado de oír hablar ni aun de bagatelas: ¿y se deja para aquel tiempo corto é incierto, para aquel tiempo de dolor, de espanto, de turbacion, de flaqueza de cuerpo y de espíritu, el negocio de la salvacion, que es el que pide mayor aplicacion, mas tranquilidad, penetracion y fuerza? En el tiempo en que se goza de perfecta salud, es cuando se debe pensar, cuando es preciso arreglar los negocios de la conciencia; pero entonces se alega que está uno fatigado, atolondrado, apurado: y en la muerte ¿se tendrá toda la libertad, todo el espacio, toda la aplicacion y fuerza necesarias? ¿Qué estudio, qué penetracion, qué paciencia, cuando es preciso desembrollar una conciencia cargada de restituciones, de reparaciones, de circunstancias, de injusticias! ¿Y será tiempo de hacer todo esto en la muerte? ¿Qué error! ¿qué extravagancia! ¿qué locura! Sin embargo nada hay mas comun en el dia que esta conducta tan lamentable.

El evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 8.

Habiendo entrado Jesus, en aquel tiempo, en Cafarnaum, se llegó á él un centurion, rogándole en estos términos: Señor, tengo un criado en mi casa que está en la cama paralítico, y sufre grandes dolores. Y Jesus le dijo: Yo iré y le curaré: á lo cual respondió el centurion: Señor, yo no merezco que entreis en mi casa, mas decid solo una palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo á uno: vé, y va; y á otro: ven, y viene; y á mi criado: haz esto, y lo hace. Oyendo Jesus este discurso, se admiró y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel. Pero tambien os aseguro que muchos vendrán de oriente y occidente, y serán colocados en el festin con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas: allí no habrá otra cosa que llanto y crujir de dientes. Despues dijo Jesus al centurion: Vé, y succédate segun has creído; y en aquella misma hora quedó sano el criado.

MEDITACION.

SOBRE LA FE VIVA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe viva es siempre poderosa, porque obliga á Dios á que nada le niegue. Ella contiene en sí una tan alta y tan justa idea de las perfecciones de Dios, de su bondad, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su voluntad sincera para hacernos bien, de su ternura paternal, que no es posible á Dios, si es lícito hablar así, resistirse á sus repetidas solicitudes. Y á la verdad, solo está fe viva es la que honra á Dios con un culto real, religioso, y proporcionado en alguna manera á nuestro ser, y al ser infinito é incomprendible de nuestro Dios. No hay ningun otro

medio saludable para conocer á Dios, para amar á Dios, para adorar á Dios, que la fe. Sin ella no hay virtud alguna, ninguna verdadera religion, ningun verdadero culto. No hay virtud, sin que esté animada de la fe, fundada sobre la fe, emanada, por decirlo así, de aquella fe viva, la cual sola constituye los fieles. Sin la fe, no hay esperanza, no hay devocion, no hay caridad cristiana, no hay culto religioso divino. Queriendo Dios darse á conocer, hacerse amar, y queriendo ser honrado y servido por criaturas racionales, debia necesariamente establecer una religion, y no podia, al parecer, establecerla sino sobre la fe. La fe es la que ha justificado á Abraham y á todos los santos de la antigua ley y de la nueva; ella es la que forma todos los héroes cristianos, es como el alma de los elegidos. A la fe ha querido Jesucristo atribuir todos sus milagros: no solo es una disposicion necesaria para la gracia, sino que el Salvador la ha considerado como la causa y el determinativo de sus beneficios. Pero es preciso que sea una fe viva, esto es, una fe divina, que no tenga por principio y por objeto mas que á Dios; una fe animada de la caridad; una fe fecunda en buenas obras; una fe constante, generosa, universal, que no sabe lo que es dudar, consultar, temer; una fe, en fin, tal como la de un san Pedro, la del centurion, de la Cananea: una fe que, elevándose sobre los sentidos y sobre la razon misma, no encuentre nada difícil, nada imposible para Dios. ¿Es nuestra fe de este carácter? ¿Tiene todas estas cualidades? ¿Tenemos una fe viva? Consultemos sus efectos. ¿Tenemos una fe generosa á prueba de todas las tentaciones, de todos los encantos de los sentidos, de todos los esfuerzos de las

pasiones, de todas las ejecutivas sollicitaciones del amor propio? Consultemos nuestra conducta y nuestra cobardía.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el origen de nuestra poca devocion, poco fervor y poco zelo; que el principio de nuestra cobardía, de nuestras infidelidades, de nuestros desarreglos, de nuestras recaídas, no es otro que nuestra poca fe. No creemos mas que á medias; dudamos, tememos, no tenemos confianza en Dios, desconfiamos aun de su bondad, de su misericordia, de su ternura paternal: ¿debemos extrañar si á la menor agitacion de las olas, al menor viento, á la menor tempestad perdemos el ánimo, nos sumergimos? ¿En qué consiste que creemos tan poco? ¿De qué proviene que, estando persuadidos, confesando nosotros mismos que si somos tan imperfectos, tan indevotos, tan cobardes en el servicio de Dios, no es sino porque no tenemos mas que una fe lánguida, una sombra de fe, no se aviva mas nuestra fe, no se hace mas generosa, mas perfecta? Esto consiste en que no queremos descompadrar con nuestros sentidos, romper con nuestras pasiones, entristecer nuestro amor propio. No queremos romper los lazos que nos atan á la criatura. Somos esclavos de nuestras pasiones, y nos complacemos en nuestros yerros y en nuestra esclavitud. Ardorosos para satisfacernos en todo, rehusamos á Dios los menores sacrificios; y hé aquí lo que extingue nuestra fe, lo que debilita tanto nuestra confianza: Dios se ha dignado declararnos de mil modos diferentes que de nada tiene tanto deseo como de hacernos bien: se ha dignado invitarnos,

solicitarnos, urgirnos á que pongamos en él toda nuestra confianza; se ha dignado imponernos un precepto de que le pidamos todo lo que necesitemos, hasta reprender nuestra timidez, y quejarse de nuestra gran reserva en pedirle. En fin, para excitar, para avivar nuestro deseo nos promete oír nuestros votos y concedernos nuestras peticiones; y todas estas sollicitaciones amorosas, todas estas expresiones tan interesantes no bastan para reanimar nuestra confianza. ¿En qué consiste tan extraordinaria timidez? ¿En qué esta falta de confianza? Todo esto procede de la memoria experimental de nuestras ingratitudes con un Dios tan bueno, tan liberal, tan benéfico. Nosotros le rehusamos todo lo que nos pide, aun cuando nada nos pida que no sea muy fácil, que no sea para nuestro bien, para hacernos felices, nosotros se lo rehusamos todo; y hé aquí lo que debilita nuestra fe, lo que sufoca toda nuestra confianza. ¿Queremos tener una fe viva; queremos pedir á Dios con valentía y con confianza; queremos que Dios nos conceda nuestras peticiones, que oiga nuestras súplicas, que prevenga nuestras necesidades? Sirvámosle con zelo, con fervor, con fidelidad; cumplamos las obligaciones de nuestro estado; guardemos con puntualidad nuestras reglas mas pequeñas. Entonces sentiremos crecer nuestra fe, revivir nuestra confianza, y nos veremos colmados todos los días y con la mayor abundancia de sus beneficios.

Yo reconozco, Señor, la triste causa de mi poca fe. En vano os pediría que la aumentaseis, si yo no cesase en mi ingratitud con vos. Voy, mediante vuestra gracia, á servirlos con una fidelidad extrema, y estoy seguro que entonces aumentaréis mi confianza y mi fe.

JACULATORIAS.

Lo he jurado, Señor; he resuelto guardar vuestros mandamientos con una fidelidad inviolable. *Salmo 118.*

Señor, aumentad en nosotros la fe. *Luc. 17.*

PROPOSITOS.

1.º No omitais nada para excitar vuestra confianza, y reanimar vuestra fe por medio de una corta oracion y de reflexiones saludables. Ciertamente seriamos muy pronto fervorosos, mortificados, devotos, desengañados de los bienes criados, fieles observantes de la ley cristiana, si tuviésemos una fe viva. Pidámosla muchas veces á Dios, y siempre por la intercesion de la santísima Virgen y del apóstol san Pedro. Acostumbraos á obrar por un espíritu de fe. Dad con frecuencia señales de vuestra fe en vuestras palabras y en toda vuestra conducta. Cuanto mas molestos son los accidentes, tanto mas generosa y constante debe mostrarse vuestra fe. En medio de las olas agitadas y de las tempestades, es cuando conviene que brille vuestra fe. Principalmente debe manifestarse en la iglesia en presencia del Santísimo Sacramento; vuestro respeto religioso y vuestra modestia deben ser una prueba visible de ella. Lo mismo debeis procurar que se vea en vuestras oraciones y en todos los actos de religion.

2.º Haced muchas veces actos de fe, de esperanza y de caridad. Comenzad todas vuestras acciones, vuestras buenas obras, y sobre todo vuestros ejercicios de paciencia y de piedad con una fe viva. Al dar limosna, practicando alguna penitencia, mortificán-

doos, sufriendo con paciencia alguna injuria, reanimad vuestra fe; por medio de estas piadosas industrias vuestra fe se hará de dia en dia mas viva, y sentiréis que se os aumenta.

VIERNES DESPUES DE CENIZA.

La Iglesia siempre atenta á las necesidades espirituales de sus hijos, empeñada en procurarles todas las ventajas que puedan sacar de las prácticas y deberes de religion que ella les prescribe, se aplica en estos primeros dias de Cuaresma á prevenirles sobre todo lo que podria hacer su ayuno infructuoso, y á enseñarles el secreto y el medio de hacer su penitencia saludable. Toda la misa de este dia no se dirige mas que á esto. El introito, la epistola y el evangelio son una leccion importante, por la cual el Espiritu Santo nos instruye acerca de lo que debemos evitar, y de lo que debemos hacer, para que nuestro ayuno sea agradable al Señor, y que hagamos en este santo tiempo frutos dignos de penitencia.

La misa empieza por estas consolatorias palabras del salmo 29: El Señor me ha oído, se ha compadecido de mí; el Señor me ha socorrido: tambien yo os alabaré, ó Dios mio, porque habeis cuidado de mí, y no habeis consentido que mis enemigos tuviesen el placer de verme sucumbir. Cualquiera que sea el sentido literal de este salmo, ya sea un cántico de accion de gracias, compuesto para cantarse, ó en la dedicacion del tabernáculo de Sion erigido por David, ó en la dedicacion del templo edificado por Salomon,

ó en la dedicacion del segundo templo en tiempo de Zorobabel, ó para la dedicacion de su palacio que construyó en el monte Sion despues de haber tomado á Jerusalem, ó en fin, con motivo de la dedicacion de la era de Aran, para la ereccion de un altar que David hizo levantar despues de haber cesado la peste que habia assolado todo su reino; segun las diferentes opiniones de los intérpretes, el sentido moral y alegórico, al cual atiende la Iglesia, es dar gracias á Dios por la proteccion especial que el Señor concedo á aquellos que le sirven con fidelidad, y que nada omiten para satisfacer á su justicia por la penitencia.

La epistola es una de las mas importantes lecciones que da Dios á su pueblo por boca de Isaías, para que evite todo lo que puede hacer inútil y defectuoso el ayuno, y para enseñarle con qué espíritu se debe ayunar y mortificarse, á fin de que se verifique que se hacen dignos frutos de penitencia. Es muy triste el macerar su carne y mortificar sus sentidos para hacerse todavia mas criminales delante de Dios, ó irritar aun mas su justicia y su cólera en lugar de apaciguarla por los rigores de la penitencia. Sin embargo, esto es lo que hacen todos los que ayunan con malas disposiciones, por motivos poco puros, con pasiones poco mortificadas. Se ayuna; pero ¿de qué sirve esta maceracion del cuerpo, esta abstinencia observada hasta con rigor, si se mantiene en el corazon una codicia que todo lo quisiera devorar, pasiones que en todo se satisfacen, un deseo de venganza que consume? ¿de qué sirve ayunar cuando se hace ostentacion del ayuno? Hipócritas, todo cuanto os mortificais es perdido. *Clama sin cesar*, dice Dios á su Profeta: haz resonar tu voz como una tempestad